

La digitalización: un cambio de época

El capitalismo de alta tecnología en el umbral de la clausura digital

Wolfgang F. Haug

Karl Marx dijo una vez que todas las cosas están preñadas de su contrario. Resulta sorprendente comprobar hasta qué punto esta afirmación, formulada hace ciento cincuenta años, es más actual que nunca. «El cambio de época determinado por la digitalización es imparable», señalaba en 2014 Frank Schirrmacher, «y lo es porque brinda en verdad oportunidades sociales y económicas sin precedentes». La socióloga y vicepresidenta del *IG Metall* Christiane Benner considera que, especialmente en Alemania, «se abren grandes oportunidades de crecimiento, de una mejor conciliación del trabajo y el ocio, de un trabajo menos exigente físicamente y por eso más humano y también más ajustado a la edad» (2016). Pero las oportunidades son también ambiguas. Y tal vez sobre todo podrían ser destructivas, de manera análoga a como –según la narración de Hesíodo– lo fueron los dones y prendas de Pandora con los que Zeus castigó a los hombres por su prometeico salto a la técnica. Veamos lo que se nos viene encima: «la escisión del mundo laboral entre actividades de alta cualificación y actividades que no requieren aprendizaje previo –o muy poco– así como actividades que no pueden ser sustituidas por la técnica, como por ejemplo los cuidados personales... [Y otro peligro es] la creciente carga psíquica debida a la localización permanente, a los controles de rendimiento y a la vigilancia continua» (*Ibid.*). Frank Schirrmacher menciona el caso de una trabajadora de almacén de Amazon en Allentown que «después de muchas jornadas laborales de once horas recibió un SMS automatizado del sistema *Employee-Tagging* en el que se le decía que había permanecido inactiva durante “muchos minutos” (y fue despedida por ello)» (2014). A lo que hay que añadir la perspectiva de un mundo en el que, como señala un informe de investigación del Deutsche Bank, «los procesos de toma de decisión se dejarán exclusivamente en manos de algoritmos programados (y a ser posible autocorrectores)» (Dapp/Heine 2014). Además, en palabras del presidente de la RFA, está en proceso de extinción la «esfera privada, que nuestros predecesores arrancaron antaño en lucha contra el Estado y que nosotros tratamos obstinada-

mente de defender bajo los sistemas totalitarios, contra la uniformización y la vigilancia permanente y la injerencia en las opiniones de cada cual», puesto que en los depósitos de información de las grandes corporaciones y de los servicios secretos hay de cada uno de nosotros un «avatar digital» de nuestro «yo real» el cual «junto a sus fortalezas revela también –sobre todo– sus debilidades (...), sus fracasos y sus posibles susceptibilidades»; de esta forma, el avatar virtual nos hace a todos y cada uno «transparentes, previsibles y manipulables en manos de los servicios y de la política, de los intereses comerciales y del mercado de trabajo» (Gauck 2013). Casi nadie tiene aún clara conciencia de que «la modernidad digital está en trance de organizar una contabilidad de toda su vida, que empieza a asemejarse ya a los “libros de cuentas de Dios” imaginados en su día por las religiones» (Schirrmacher 2014). Como dijo en 2010 el directivo de Google Eric Schmidt: «Sabemos dónde está, sabemos dónde ha estado, sabemos más o menos cómo piensa» (cit. en Lobo 2014).

Lo que está sucediendo en el capitalismo de alta tecnología (*High-Tech Kapitalismus*), en síntesis, es una nueva metamorfosis de nuestras condiciones de existencia, que oscila entre la utopía y la distopía. El sueño y la pesadilla comparten un mismo abanico de posibilidades. Un abanico de posibilidades determinado a primera vista por la técnica, sobre todo por una tecnología específica que desde su invención no ha dejado de revolucionar, cada vez con más ímpetu, nuestro modo de vivir y de trabajar: el procesamiento electrónico de datos. Bajo la forma de los ordenadores, de los programas informáticos y de sus derivados, dicha tecnología se ha vuelto inseparable de nuestra propia vida. En la segunda mitad del siglo XX la computadora, originada en el ámbito militar, se trasladó a la producción, a la producción económica y también a la producción de conocimientos en el terreno de las ciencias experimentales. Literalmente, hizo época. Pasó a ser fuerza productiva rectora que determinó la transición a la primera fase del capitalismo de alta tecnología bajo el signo de la automatización. Del control del desempeño de tareas de una sola máquina a partir de sensores y mecanismos de regulación se pasó a la integración de diversas máquinas en un sistema físico, a la vez que el trabajo productivo humano se retiraba a actividades de instalación, control, prevención de fallos y supervisión, situándose por tanto en la fase previa y al lado del funcionamiento del dispositivo. Este proceso se abrió camino en la década de 1960 y posteriormente en las décadas de 1970 y 1980 cobró fuerza y se transformó en un proceso global de cambio. Las tecnologías de la computación y de las comunicaciones se fusionaron y en la década de 1990 se asistió a una aceleración exponencial de la red mundial que, con el nombre de Internet, determina cada vez más, desde entonces, nuestra relación con el mundo exterior hasta el punto de que sin ella «el mundo nos resulta ya inconcebible». Existir, vivir, significa en la actualidad estar en la red, estar *on-line*, cada vez más tiempo.

El inocente «teléfono móvil», una vez transformado en un multi-dispositivo *on line* portátil, pasó a ser la célula precursora del siguiente paso evolutivo. Pro-

visto de cada vez más sensores y de un abanico cada vez más amplio de funciones, se ha convertido en el devocionario de la era digital. Nosotros mismos, usuarios entregados al aparato en cuestión, nos hemos convertido en terminal que extrae y absorbe constantemente informaciones de la red. En ésta funcionan programas robotizados que obtienen y envían dichas informaciones a través de los grandes procesadores de datos. Con ello hemos llegado a un umbral que ya se está empezando a traspasar en un proceso que es impulsado actualmente a lo grande. Es lo que ya en 2015 se anunció en la Feria Tecnológica de Hannover en la RFA y que en la siguiente edición del certamen, en 2016, ha pasado a ser una prioridad económica y política también a nivel estatal. El llamado *Internet de las cosas* y sus aplicaciones específicas a los procesos industriales de transformación, bajo el rótulo de Industria 4.0, se ha situado en un primerísimo plano de la atención económica y política.

Lo que viene ahora es «la automatización automatizada», como la ha llamado Claus Jessen, director de Festo y uno de los protagonistas en esta materia (cit. según Marx 2016). Se basa en los progresos de la llamada inteligencia artificial y del hardware y el software del proceso de datos a gran escala en conexión con un conjunto de tecnologías, ante todo los sensores, que permiten salvar el abismo entre la existencia virtual y la real al transformar los contactos físicos que se dan en la realidad en datos estructurados. A las cosas producidas se las provee, por lo demás, de estas tecnologías que hacen de puente. Se modifica su modo ontológico. Ser un producto industrial quiere decir estar en la red. El discurso de los objetos, que antaño analizara Baudrillard en términos del orden de los dispositivos objetuales del mundo de vida, despierta a una fantasmal vida autónoma. «Los objetos devienen inteligentes a través de la capacidad de programación y de almacenamiento, de los sensores y de la posibilidad de comunicación y pueden, entre otras cosas, intercambiar por su cuenta e inalámbicamente informaciones a través de la red.» (Dapp/Heine 2014). En el futuro no solo el trabajo fabril sino todas las interacciones funcionales mediadas por cosas que quepa imaginar se efectuarán con una autonomía relativa en estos términos, siempre en el marco de una programación global. «Los sistemas digitales de gestión comercial, de control de máquinas de producción y de investigación y desarrollo existentes desde hace años se entrelazan, se fusionan, y gracias a Internet establecen conexiones con los ordenadores de clientes y proveedores. Esto es algo más que una ampliación lógica de las técnicas anteriores, porque abre la puerta a modelos de negocio enteramente nuevos y posibilita la aparición de nuevos productos.» (Giersberg 2016a). Asistimos a un cierre digital cada vez más estrecho y omnicompreensivo. Lo que significa, por una parte, que el «cambio estructural digital» (Dapp/Heine 2014) expulsa a las personas –sea en tanto que productores, empleados en tareas de administración o consumidores– de las funciones que llevaban a cabo por sí mismos, pues el capital traslada esas funciones a la vida autónoma de las cosas sensorialmente mediadas con la realidad a través de la

red. Por otra parte, el sistema del digitalismo encierra o envuelve a las personas y a la vez se cierra en torno a ellas. Volveremos sobre esto más adelante.

EL FACTOR T Y SU AMO, QUE NO QUIERE QUE SE LE MENCIONE

Fascinados contemplamos el desarrollo de la técnica, el Factor T. La rama de la filosofía de la técnica que se apoya en Heidegger sitúa el origen de ese desarrollo en las tecnociencias, y en esto le sigue una parte nada desdeñable del discurso público o, como también podríamos decir, de la ideología. Su instinto básico es callar sobre «el amo, que no quiere que se le mencione» (Brecht), la burguesía capitalista, que se toma al pie de la letra –como decía Roland Barthes– la denominación francesa [y española] de un cierto tipo de sociedad mercantil, la *société anonyme*, la sociedad anónima. Y es sin duda cierto que las tecnociencias han adquirido una relevancia político-económica tremenda y que los «estados competitivos» fuerzan por todos los medios su desarrollo. Pero ya este procedimiento de forzar su desarrollo con medios públicos indica que este tipo de estímulo no es el único soporte o motor de lo que sucede en este terreno. La lógica de la investigación y desarrollo es una. La lógica de la aplicación práctica de los resultados, otra. Suele suceder que es la lógica bélica la que determina a los estados a aplicar tecnologías militarmente decisivas. Pero la condición financiera de la realización efectiva de esa posibilidad está condicionada por la marcha de la economía capitalista y depende –dicho en plata marxista– de la parte de la plusvalía capitalista realizada de la que el Estado se apropia en forma de tasas e impuestos. La expectativa del *lucrum*, del beneficio, en última instancia de la plusvalía, es lo que marca la pauta del acontecer económico en su conjunto. El motor y la guía selectiva del Factor T es el beneficio, el Factor B. Este es el que traza la línea de demarcación entre las posibilidades abiertas por la tecnociencia y el ámbito de las posibilidades realizadas, es decir, entre las múltiples potencialidades de la técnica (Tm) y de actualización (Ta). Dado que la realización de las posibilidades técnicas es una variable dependiente o función (f) del beneficio, que es lo determinante, esta relación se puede representar mediante la fórmula $T_a = f(B)$. Por eso nos tenemos que preguntar por el mecanismo B {T} que es donde se localiza la capacidad o el poder de configurar y hacer operativas las iniciativas, de realizar las posibilidades. Su modo de funcionamiento es la competencia. Sus actores primarios, los capitales en competencia. Y los secundarios, los estados. El medio de realización de unos y otros es el ámbito de las necesidades de la población.

El Estado fija las condiciones formales, pero el motor material de todo el conjunto es el capital. Está sujeto a un imperativo endógeno: el capital propende a la acumulación. Más aún, se atiene lo quiera o no a la «ley de la sobreacumulación» (Haug 2012, 54-60), es decir, a la sobreproducción de capital

en busca de inversión. Los capitales individuales son cazadores cazados. Los mueve la concurrencia, en la que, como dice Marx, «las leyes inmanentes de la producción capitalista se imponen a los capitalistas individuales como una ley forzosa externa» (*Kapital I*, MEW 23, 286). El Factor T es para el capital individual siempre un factor ligado a la concurrencia. Los adelantos técnicos reportan beneficios extra que, si se invierten en desarrollo, significan para los competidores nuevos retrasos técnicos, es decir, desventajas competitivas. Aquí está el resorte que impulsa al desarrollo técnico, que se convierte en cuestión de ser o no ser. La concurrencia entre estados, trasladada de la concurrencia entre capitales al mercado mundial, se juega en muchos planos que cabe resumir en el concepto de la concurrencia por la localización. No hay ni un solo aspecto de la acción política –de las infraestructuras a la enseñanza, de los sistemas de salud al urbanismo, de los museos y las artes a la política exterior– que no sea relevante desde este punto de vista para el Estado competitivo. La economía en su conjunto lo sufraga todo. Alemania, por ejemplo, orienta su acción al futuro de la Industria 4.0, como se puede deducir de estos parámetros y sus efectos, como la afluencia de inmigración. En un estudio realizado para la *German Marshall-Fund* de Berlín, Hans Kundani –desde la perspectiva competidora estadounidense– ha resumido este enfoque en una fórmula que toma como referente la política europea de Alemania: «la lógica de la guerra en la gramática de la economía» (2016). Se refiere a la forma en que la RFA de Angela Merkel ha salido, como proclama ella sin tapujos, «fortalecida de la crisis». Y es que Alemania «con su intento de exportar la “cultura de la estabilidad”, ha promovido en un sentido más amplio y global la inestabilidad» (cit. en Hillgruber 2016). Apoyándose en Edward Luttwak, Kundani denomina «geo-económica» a esta nueva forma económica del dominio alemán en Europa, porque en ella «los métodos del comercio sustituyen a los métodos militares» (ibid.). Para Christian Hillgruber esta formulación es un «gran exceso». Y lo es, de hecho, sobre todo cuando se plantea desde la perspectiva de EEUU, cuya lógica militar y cuyos métodos han tenido bastante que ver con todos los focos de incendio que siguen activos en el mundo. Pero el «exceso» es también grande de otra manera para muchos estados miembros de la UE que se encuentran en situación de crisis. Una crisis determinada por la sobreacumulación de capital y la falta de oportunidades de inversión, en la que los éxitos de unos son los fracasos de otros. Porque si en algunos juegos solo hay una «bola negra», la concurrencia económica tiene muchas bolas negras para repartir. La competitividad decide a quien le adjudicará el mercado una de esas bolas negras. Alemania abre el juego con los avances cuantitativos y cualitativos en productividad de sus sectores industriales. El complejo tecnocientífico, que responde al mito de la Industria 4.0, se ha traducido en lo que yo llamo la tecnología de la distancia, es decir, una tecnología cuya función principal consiste en mantener a distancia a los competidores. En Alemania funciona una trilateral integrada por el capital, los

sindicatos y el Estado que asume la función de adelantado internacional en el impulso a la productividad, de suerte que la política industrial alemana pone una y otra vez más alto el listón.

La distancia significa adelantarse en el eje temporal. Toda tecnología nueva desempeña esa función transitoriamente. «La ventana de oportunidad para aprovechar las posibilidades de la digitalización solo estará abierta durante un breve lapso de tiempo» (Benner 2016). Quien no pueda mantener el ritmo, caerá. Kodak y Agfa, que fueron antaño líderes en la producción de película, son hoy solo vagos recuerdos. «Hoy los símbolos de la pérdida de capacidad de adaptación son Nokia o Sony, cuya estrella en el firmamento de los negocios eclipsaba todavía hace pocos años a muchas otras» (Giersberg 2014).

Los robots prestan manos, pies y sentidos a la «inteligencia artificial» derivada de los superordenadores. El lenguaje y la voz ya llegarán. Los robots son los avatares con millones de posibilidades de esta «inteligencia» maquinal que ya no podemos replicar en todas sus funciones algorítmicamente determinadas. He aquí el Golem del capitalismo de alta tecnología. Si el capitalismo ayuda a las personas, esto es lo que pasa. Cada robot *mata* por lo menos a cinco trabajadores, dicho algo groseramente. En Volkswagen los «salarios» de los robots por hora de trabajo en fábrica ascienden a «entre 3 y 6 euros (...). La fuerza de trabajo de carne y hueso, según el convenio del Metal, es diez veces más cara. (...) A la vista de la elevada presión de los costes en los mercados mundiales, la sustitución de hombres por máquinas parece inevitable.» Según el director de recursos humanos de Volkswagen Horst Neumann, «en los próximos veinte años desaparecerá por completo el trabajo de los actuales más o menos 50.000 obreros de producción “que tocan cosas”» (cit. en Astheimer 2015). Más aún: «el desarrollo de los sensores permite que la última generación de robots salga de sus jaulas en las naves de producción: las máquinas se comunican directamente con otras máquinas, la Industria 4.0 se dirige a sí misma. Esto en combinación con algoritmos autocorrectores abre posibilidades insospechadas» (*Ibid.*). En la Industria 4.0 de lo que se trata es de la robotización de todos los elementos implicados y la transformación, en el caso ideal, de la fábrica en un único super-robot. Todo esto generará desempleo. Porque se llegará a que «las piezas y las máquinas se comuniquen entre sí y al final la fábrica se auto-organizará, será capaz de detectar fallos y los resolverá, llegando incluso a buscar autónomamente a los proveedores adecuados de determinadas piezas de recambio» («Industrie 4.0 geht in die Praxis», FAZ, 10-4-2014, p. 18). Los artífices de la industria alemana son los campeones mundiales de la exportación de medios para el ahorro de puestos de trabajo. Y mientras consiguen el liderazgo mundial en este renglón (y si no viene un gran crack a estropearlo todo), el desequilibrio mundial seguirá velando por la creación de puestos de trabajo adicionales «en el propio país», que responden al superávit exportador y que sustituyen *aquí* a los puestos de trabajo supri-

midos en el proceso de racionalización. Pero todo esto a la vez, en conjunto, implica que se exporta desempleo.

LA DIALÉCTICA PASIVA DE LA CLAUSURA DIGITAL DE LAS PERSONAS

Empezó con la lógica específica del monopolio en el caso de los bienes digitales. El factor escasez que está en la base de toda economía se transforma en su contrario, en abundancia. El «bien», cuya escasez genera monopolio, es la abundancia de usuarios. Primero se descubrió que en el caso de los bienes digitales la tendencia al «monopolio natural» resulta potenciada porque son «inmateriales» (véase HTK I, 82): cuanto mayor sea el número de usuarios que pagan, menores los costes unitarios, pero aquí, a diferencia de lo que sucede con los bienes materiales, la tendencia es a un valor marginal cero. Por otra parte, los bienes digitales son consumidos por los usuarios, pero no deglutidos o desgastados. La inmaterial materialidad digital de estos productos (aunque se apoyan en soportes y transmisores materiales) transforma su reproducción en un acto de mera copia, que no exige ninguna cualificación especial. De esta manera, estos bienes hacen saltar tendencialmente la forma mercancía, e incluso la forma en general de la propiedad privada, porque como valores de uso están ahí directamente en abundancia y tienden a devenir fondo de riqueza general, es decir, común a todos.

El segundo descubrimiento hizo de esta necesidad virtud. Podía eliminarse el carácter de mercancía, meramente ficticio, del uso de determinados servicios de red y hacer de la posibilidad de aprovechamiento de los mismos un don gratuito. Así es como se conformó la gran afluencia, la audiencia multitudinaria. Pero es a este público multitudinario al que debe presentar el capital manufacturero las promesas de valor de uso de sus mercancías, cuyo valor tiene necesidad de realizar. El acceso a este fondo de posibles compradores se convirtió así en una mercancía real-virtual de nuevo tipo. Más aún cuando se comprobó que no solo el acceso como tal, sino sobre todo el acceso guiado según perfiles de preferencias, podía venderse en términos de orden cualitativamente superior. El producto rentable es ahora el conjunto de las huellas informativas que dejan los usuarios, lo que se suele conocer simplificando como «la huella digital». Esas huellas pueden utilizarse para una publicidad personalizada. Estos perfiles son con los que, en la mayor parte de los casos de manera inconsciente, la masa atomizada de usuarios paga la «barra libre» de los programas gratuitos. A los usuarios se les regalan estos programas. Pero el acceso a ellos mismos, claro que filtrados según criterios que puedan interesar a los ofertantes capitalistas de mercancías y servicios, se vende. He aquí el paradigma Google. No es exagerado decir que por esta vía de la «concentración de poder en grandes compañías como Google, que agregan, utilizan

y venden datos» (Benner 2015), han aparecido grandes potencias en ciernes cuya clientela se cuenta según ellas mismas en miles de millones y, en todo caso, en cientos de millones.

LA TRAMPA DE LA GRATUIDAD DEL FETICHISMO DIGITAL

La sustancia del poder de las grandes potencias digitales radica en controlar aquello que nosotros «hemos hecho en la red». En la medida en que nuestra propia actuación se convierte en un poder-ajeno-sobre-nosotros, se ajusta al concepto de fetichismo. El término lo tomó Marx del lenguaje de los misioneros cristianos que lo utilizaban para designar el poder cuasi-divino que los «salvajes» atribuían a ciertos objetos fabricados por la mano humana. Si aquí solo había fantasía, para Marx el fetichismo de las mercancías reales, las que decidían sobre la ventura y la desventura de sus productores, en su vida autónoma en el mercado, era «el poder de lo producido sobre quien lo produce» (Haug 2005, 161). Hay una analogía aquí con la emancipación de la interacción mediada, que ha pasado de la vinculación a un lugar a la aldea global electrónica, generada y promovida por el teléfono móvil y sus derivados. A partir de ese momento actuamos en la red y esta se ha convertido en parte sustancial de nuestro mundo. Como terminales en las que nos hemos convertido, nos llegan constantemente de la red informaciones, incluidas aquellas que nosotros mismos rechazamos. O bien nosotros mismos depositamos informaciones en la red, aunque solo una parte mínima de ellas de manera deliberada y consciente. Esas informaciones, recogidas por programas robotizados, migran a los repertorios de datos masivos. Este es un mundo en sí mismo, un mundo aparte. Algunas de sus prestaciones son las que nos han llevado a la red, pero lo que podríamos llamar su parte oscura es otra cosa y la mejor manera de visualizarla es mediante una alegoría. Nuestro mundo en red alumbrado en un principio por los motores de búsqueda –que han ampliado de manera explosiva nuestra relación con el mundo exterior basada en la información– tiene, digamos, tanto que ver con su cara oscura como el mundo terrenal de los eloi de *La máquina del tiempo* de H. G. Wells con el mundo subterráneo de los morlocks. Quien no recuerde el libro o la película hallará en la Wikipedia una buena descripción: «Los infantiles eloi viven aparentemente despreocupados y felices en un entorno paradisíaco, si bien inconscientes y reblandecidos, tienen la misma apariencia que los humanos actuales y parecen todos relativamente jóvenes.» No necesitan trabajar para alimentarse y vivir. Pero por otra parte tienen un miedo terrible a la oscuridad de la noche. Los morlocks controlan un mundo industrioso en el subsuelo que produce aquellos medios de vida. Mantienen a los eloi por los mismos motivos que el campesino al ganado: para comérselo. He aquí una parábola que podría aplicarse sin gran dificultad a la situación que vivimos actualmente, en el umbral de un cambio

de época. Basta con sustituir los medios materiales de vida por los digitales, el mercado de vituallas por el virtual.

Los datos que depositamos en la red son de naturaleza variada. A grandes rasgos pueden clasificarse en conscientes e inconscientes, intencionados e involuntarios. En diagonal se situaría la distinción entre informaciones nuestras e informaciones sobre nosotros. Agregados a través de los programas correspondientes de procesamiento de *big data* gracias a «las grandes inversiones en análisis de datos, pero sobre todo en personal» (Giersberg 2014), aportan un perfil que a la postre será mucho más completo de lo que podemos llegar a saber sobre nosotros mismos. Es fácil entender el motivo por el que esto es así, aunque pocas veces se reflexiona con claridad al respecto: lo que yo considero mi propio medio de comunicación no es sino uno de los innumerables sumideros de un medio de producción ajeno, un terminal. Y de la misma manera que bajo el signo de la explotación industrial clásica en la puerta de «los centros ocultos de producción (...) figura la leyenda: *No admittance except on business*» (23 /189), así ahora hay programas complejos que vigilan el acceso al conjunto de los medios de producción digital. Pero como resulta que «la capacidad personal de acción [exige] el desbordamiento de los entramados de vida inmediatos y cooperativos para acceder al conjunto del proceso social producido por el trabajo» (Holzkamp 1983, 193; cit. según Markard 2001, 1174 y s.), sucede que solo dispongo de una capacidad de acción condicionada y amputada. Y si los medios de trabajo, las herramientas en el sentido más amplio, pueden considerarse, siguiendo una metáfora usada por Marx, como órganos artificiales de nuestra actividad, como órganos que añadimos a nuestros propios órganos corporales, «ampliando nuestra propia figura natural» (*Kapital I*, 23/194), aquellos nos convierten en terminales de un sistema ajeno. A lo que se añade una especie de confusión en cuanto a quién es el sujeto: no es el usuario el que se sirve del aparato, sino el aparato del usuario.

UN CAMPO DE BATALLA

Este análisis crítico del mundo en red, naturalmente, solo podía escribirlo precisamente un ciudadano de ese mundo, que se ha beneficiado ampliamente de sus servicios. Pero tal circunstancia no es tanto una contradicción como un proceder inevitable en condiciones contradictorias. La auténtica contradicción radica en la cosa misma. Las tecnologías que están en la base del cierre digital tienen un gran potencial en diversos niveles. Existen profundas contradicciones en todo lo referido a su uso, así como grandes paradojas. Los servicios electrónicos, sin los que ya no podemos concebir nuestras vidas, pueden liberar recursos de productividad y de solidaridad humanas que difícilmente habríamos imaginado, pero también pueden devenir contrariedades agradables,

elementos no comprendidos y obvios, imprescindibles y superfluos, cantos de sirena que nos podrían conducir a una dependencia digital de índole insospechada. Como ha afirmado Sigmar Gabriel, no nos las tenemos que ver solo con un «enemigo» externo, sino con nosotros mismos. «Pues la revolución del PC, el ancestro de todos los *smartphones*, ha llevado a que el ser humano se sienta enriquecido y no desposeído técnicamente» (2014). No podemos sustraernos a nuestra subsunción digital mediada por el «hágalo usted mismo». La cuestión es cómo lidiamos con todo ello. El fetichismo digital es el precio a pagar por el manejo de y en Internet. Está en trance de producirse como resultado una mutación casi antropológica pues «los aparatos técnicos [de alta tecnología] puede decirse que coproducen y a la vez exigen las técnicas sociales correspondientes, al margen de cualquier voluntad política», como escribió poco antes de su fallecimiento en 2014 Frank Schirrmacher. Y es que además estamos todavía «en los albores de la era digital» y «el potencial de los algoritmos maquinales para extraer informaciones valiosas de los depósitos combinados de datos [...] está todavía en pañales» (Dapp/Heine 2014). ¿Así pues, hay que dar por perdida la batalla? Podría ser, sobre todo porque muchos intelectuales henchidos de un entusiasmo pánico se suben a un tren que parece imparable, y con una «ontología plana» (Bruno Latour) bendicen la cosificación digital de las personas y dan por finiquitado el humanismo, la Ilustración y cualquier teoría crítica (véase Haug 2015 y 2016). ¿O bien podríamos, de la misma manera que en física se habla de la reversibilidad de los haces luminosos, hablar con nuestra voz infantil de la reversibilidad de los caminos del oscurecimiento? Prueba de ello sería, en adaptación libre de un verso del *Patmos* de Hölderlin: «Pero donde crece una NSA, crece también un Snowden». Schirrmacher ha hecho un llamamiento, bajo el signo de la resistencia frente al «totalitarismo digital» (Martin Schulz), a aprovechar «la oportunidad que representa Snowden para Europa» para defender las «disciplinas sociales y jurídicas que Europa, con grandes sacrificios, ha desarrollado en sus sociedades» y a someter a ellas los Big Data (2014). Ahora bien, la tarea histórica que toca llevar a cabo no la realizarán los *whistleblower* y las instituciones políticas sin la presión de un nuevo «movimiento de movimientos» desde abajo, con el apoyo de las instancias políticas, culturales y morales aún intactas de la sociedad.

Traducción de Gustau Muñoz

REFERENCIAS

- Astheimer, Sven, «Wie wir in Zukunft arbeiten», *FAZ*, 6-8-2015, p.15.
- Benner, Christiane, «Wer schützt die Clickworker?», *FAZ*, 19-3-2014, p.11.
- «Die Digitalisierung ist wie ein Cocktail, Interview mit Frank Specht», *Handelsblatt*, 23-11-2015.
- «Die Digitalisierung lässt uns wenig Zeit, Gespräch mit Georg Giersberg und Uwe Marx», *FAZ*, 25-4-2016, pp. 20 y s.
- Bowles, Jeremy, The computerisation of European jobs, 17-7-2014, *The Bruegel Newsletter*.
- Dapp, Thomas F., y Veronika Heine, «Big Data. Die ungezähmte Macht», *Deutsche Bank Research*, 4-3-2014.
- Gabriel, Sigmar, «Die Politik eines neuen Betriebssystems», *FAZ*, 1-5-2014, p. 9.
- Gauck, Joachim, «Die Freiheit in Freiheit gestalten», Rede des Bundespräsidenten zum Tag der deutschen Einheit in Stuttgart am 3.10.2013 [Discurso del presidente de la RFA en el día de la Unidad Alemana en Stuttgart, 3-10-2013].
- Giersberg, Georg, «Jetzt revolutioniert das Internet die Arbeit», *FAZ*, 2-7-2014.
- «Die Revolution rollt», *FAZ*, 25-4-2016a, p. 17.
- «Die Digitalisierung verändert alles: Technik, Arbeitswelt und Unternehmensorganisation», *FAZ*, 25-4-2016b, p. 17.
- «Vernetzung löst die Unternehmenshierarchie ab», *FAZ*, 25-4-2016c, p.18.
- «Deutschland bietet Amerika die Stirn im Internet», *FAZ*, 25-4-2016d, p. 20 y s.
- «Autoreifen aus Löwenzahn», *FAZ*, 25-4-2016e, p. 20 y s.
- Gropp, Martin, «Datenlotsen dringend gesucht», *FAZ*, 2-7-2014, U3.
- Grossarth, Jan, «Bakterien und Pflanzen programmieren wie einen Computer?», *FAZ*, 10-4-16.
- Haug, Wolfgang Fritz, *Vorlesungen zur Einführung ins «Kapital»*, nueva edición, Hamburgo, 2005.
- *Hightech-Kapitalismus in der Großen Krise*, Berliner Beiträge zur kritischen Theorie, Bd. 14, Hamburgo, 2012.
- «Digitalisierung des Subjekts bei Bruno Latour. Mensch, Natur und Technik im Hightech-Kapitalismus (I)», *Das Argument* 313, 57. Jg., 2015, H. 3, pp. 315-337.
- «Kosmischer Animismus bei Karen Barad. Mensch, Natur und Technik im Hightech-Kapitalismus (II)», *Das Argument* 315, 58. Jg., 2016, H. 1, pp. 27-53.
- Hillgruber, Christian, «Geoökonomischer Halbhegemon?», *FAZ*, 19-4-2016, p. 6.
- Holzkamp, Klaus, *Grundlegung der Psychologie*, Frankfurt/M, 1983.
- Huber, Wolfgang, «Mensch und Maschine in der Arbeit 4.0», *FAZ*, 22-4-2016, p. 18.
- Knop, Carsten, «Der analoge Putin», *FAZ*, 9-3-15, p. 17.
- Kundnani, Hans, *German Power. Das Paradox der deutschen Stärke*, Munich, C.H. Beck, 2016.
- Lanier, Jaron, *Wem gehört die Zukunft?*, Hamburgo, 2013, 6ª ed., 2014.
- Lobo, Sascha, «Daten, die das Leben kosten», *FAZ*, 2-4-2014, p. 11.
- Markard, Morus, «Handlungsfähigkeit II», en *HKWM* 5, Hamburgo, 2001, pp. 1174-81.
- Marx, Uwe, «Der Maschinen-Erklärer», *FAZ*, 26-4-2016, p. 20.

- Morozov, Evgeny, «Ersteigern Sie meinen Parkplatz. Vernetzung als Falle: Wie das Internet der Dinge die Gleichheit der Menschen zerstört», *FAZ*, 13-4-2015, p. 14.
- [s. a.] «Daimler will bald kleine Elektrolastwagen verkaufen», *FAZ*, 25-4-2016, p. 22.
- Schirmacher, Frank, «Die offene Gesellschaft braucht neue Freunde», *FAZ*, 8-3-2014, p. 1.
- Schwägerl, Christian, «Vorsicht vor der digitalen Weltpolizei», *FAZ*, 31-3-16, p. 9.
- Seemann, Michael, *Das Neue Spiel. Strategien für die Welt nach dem digitalen Kontrollverlust*, Friburgo, 2014.
- Wagner, Thomas, *Robokratie. Google, das Silicon Valley und der Mensch als Auslaufmodell*, Colonia, 2015.

.....

WOLFGANG FRITZ HAUG (Esslingen, 1938) es un filósofo marxista de larga trayectoria. Editor de Argument Verlag, coordinador del *HKWM* - Diccionario Histórico-Crítico del Marxismo (diversos volúmenes, en curso de publicación), director de la revista *Das Argument*, fundador del Instituto de Teoría Crítica de Berlín (InkriT). Es autor, entre muchas otras obras, de *Publicidad y consumo: crítica de la estética de las mercancías* (FCE, 1989) y *Lecciones de introducción a la lectura de «El Capital»* (Materiales, 1978; nueva edición a partir de la versión de 2005, Laertes 2016). Recientemente ha publicado *Jahrhundertwende* (Argument Verlag).